

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN, EL ARIELISTA: UN PENSADOR DE TALLA CONTINENTAL¹

Teodoro Hampe Martínez²

Instituto Panamericano de Geografía e Historia - Perú

INTRODUCCIÓN

Puesto bajo el signo de la tolerancia y del liberalismo más sincero, pluma ágil y de amplio espectro, pensador distinguido de la generación del «novecientos» en el Perú y América Latina, Francisco García Calderón Rey (1883-1953) no ha tenido la suerte de merecer una posteridad plena de reconocimiento y simpatías. En el intenso y azaroso rumbo de su trayectoria intelectual, diversos temas captaron su aliento: pasó del examen de la realidad social peruana al complejo ámbito de la identidad y el destino histórico hispanoamericanos, y de aquí saltó con agudeza e ingenio al análisis de la cultura europea y de la política internacional de su tiempo. Pensamos que la crucial modificación en sus concepciones originales, al tomar distancia respecto de las barreras protectoras del latinismo que en un inicio había planteado, sería una de las razones para el

¹ Reproducimos, en una versión corregida, buena parte de los términos contenidos en la introducción al volumen *América Latina y el Perú del novecientos*, antología de textos de Francisco García Calderón. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos & Corporación Financiera de Desarrollo, 2003, pp. 13-39.

² Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid (1986). Ha sido Presidente del Humboldt Club del Perú (asociación de los ex becarios peruanos de la Fundación Alexander von Humboldt). es Miembro nacional principal del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y del Instituto Latinoamericano de Historia del Derecho. Miembro de número del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, del Instituto Ricardo Palma y de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos. Miembro correspondiente de la Academia Argentina de la Historia, la Casa de la Cultura Ecuatoriana y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía integrante del grupo de investigación ILAC, correo electrónico: hampemar@hotmail.com.

decaimiento en la figura y la vigencia de García Calderón. Las tempranas luces de su pensamiento, su alineación con *Ariel* y su defensa de la «raza latina» cayeron en una suerte de gran olvido dentro del mundo hispánico, del cual solamente ahora —más de medio siglo después de su fallecimiento— intentamos rescatarlo.

Sociedad e ideología durante la República Aristocrática

Bien sabido es que Francisco García Calderón y sus compañeros de generación en el Perú, los novecentistas o arielistas, estuvieron fuertemente impactados por la derrota que había sufrido el país, a manos de Chile, en la guerra del Pacífico (1879-1883). Esta contienda había hecho evidente la frágil integración colectiva de los peruanos, divididos por abismales diferencias de lenguas, creencias y costumbres. Inspirándose en Elisée Reclus (1830-1905), sostenía García Calderón que la falta de cohesión constituía un grave peligro y que ésta fue una de las razones que aseguraron en dicho conflicto la victoria de las fuerzas chilenas, «más unidas por el sentido de nacionalidad»³. Fue nuestro personaje el padre de la idea de que la derrota en la guerra del Pacífico se había definido ya varios lustros atrás, por la carencia de capacidad dirigencial y aglutinadora de la burguesía limeña.

Por lo tanto, había que modernizar la sociedad peruana y atacar las causas que la mantenían en el atraso material y con una integración ficticia. El *aggiornamento* tecnológico se había puesto en marcha desde la fase de la Reconstrucción Nacional, bajo el impulso del general Andrés A. Cáceres, gracias al convenio pactado con Grace y los acreedores extranjeros (1889); pero aun con la pujanza que exhibía la economía peruana al rayar el siglo XX, quedaba mucho por corregir. Debía lograrse que la raza indígena, protegida de abusos y usurpaciones, se convirtiera en uno de los factores del progreso colectivo, transformando a los hombres en campesinos y obreros de mentalidad moderna, inclusive socialista. El espíritu de previsión y ahorro, la formación de mentes críticas, la protección de la industria, una política estatal respetuosa de la diversidad de etnias y regiones, la promoción de la cultura superior para formar élites: todo esto propuso el joven García Calderón a las clases dirigentes de su patria.

³ RECLUS, Elisée. (1893): *Nouvelle géographie universelle: la terre et les hommes*. París: Librairie Hachette, en *El Perú contemporáneo*. GARCÍA CALDERÓN, Francisco, vol. XVIII. Trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto. Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Lima: Banco Internacional del Perú, 1981 (Col. Reflexiones sobre el Perú), p. 27, No. 3.



Francisco García Calderón Rey (1883-1953)

Nos situamos en la coyuntura política, social e ideológica de aquella etapa que Jorge Basadre denominó la «República Aristocrática», la cual se extiende desde la revolución civil de Piérola hasta la violenta toma del poder por Augusto B. Leguía (1895 a 1919)⁴. En este contexto, junto con las secuelas de la guerra del Pacífico, hay que mencionar la inquietud por el centenario de la emancipación de las antiguas colonias hispano-americanas. Sería un error pensar que la conciencia de la primera centuria de vida independiente fue patrimonio exclusivo de la generación que se conoce como la del Centenario, y que se desarrolló bajo el amparo del gobierno leguista en los años de 1920. Los novecentistas

peruanos percibían el ambiente de conmemoración e introspección que se vivía en los países vecinos de América del Sur, donde políticos e intelectuales — especialmente historiadores— rememoraban la gesta de las juntas de gobierno y de las tempranas guerras por la independencia.

Se dio por entonces una proliferación de historias nacionales, que ensayaban formular el «gran relato» encaminado a la consolidación del Estado nacional; dinámica en la cual sobresalen las obras escritas por jóvenes talentos como el boliviano Alcides Arguedas, el uruguayo Hugo David Barbagelata, el venezolano Carlos A. Villanueva, y José de la Riva Agüero, limeño de aristocrática cuna, casi todos ellos tributarios del arielismo. Francisco García Calderón fue también sensible a la coyuntura de la Independencia, y varios de sus textos arrancan de la constatación de la penosa situación en que se hallaba la mayor parte de América Latina un siglo tras la ruptura política con España⁵. Emancipadas en el orden político, las repúblicas del Nuevo Mundo llevaban empero una vida parasitaria.

⁴ Para una visión general y lúcida de este período, véase BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto. (1981): *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, 2da. ed. Lima, Rikchay Perú.

⁵ LLOSA, Jorge Guillermo. (1966): «Francisco García Calderón», en *Biblioteca Hombres del Perú*. Lima, Editorial Universitaria, vol. XXXVIII, pp. 67-71.

Eran colonias en lo intelectual y lo moral, pues corriente era la imitación en las ideas y la moda, en la literatura y hasta en la política. Los códigos legislativos y los patrones artísticos eran reflejo de los modelos europeos y norteamericanos.

Más aun, el patriotismo exacerbado en América Latina durante cien años no había hecho otra cosa que dividir artificialmente esas naciones y enfrentarlas en conflictos sangrientos, a pesar de que entre estas comunidades no se daban las diferencias de lengua, raza, religión y tradiciones que separaban a los pueblos europeos. Un siglo de vida independiente había enmarcado el continuo progreso y consolidación del Norte anglosajón, a la vez que el estancamiento de los pueblos del Sur. En otras palabras, se había cumplido plenamente la amenaza señalada con lucidez por Simón Bolívar. Por ello concluye García Calderón: «El primer centenario de la libertad, pomposamente celebrado de Venezuela al Plata, impone una nueva actitud. Es la hora severa de un examen de conciencia»⁶.

Para luchar contra la dependencia el arielista peruano proponía consolidar una firme y progresiva autonomía. De hecho, este es el principal anhelo que inspira las páginas de *La creación de un continente*, su maduro libro publicado en París en 1913. Frente al imperialismo vigilante, sugiere aquí la fusión de intereses entre el conglomerado de pueblos hispanoamericanos y señala que la definitiva independencia vendrá de la modernización económica y social, que hará posible un desarrollo democrático real y no retórico. También se pronuncia a favor de la división de los grandes latifundios, especialmente en México, Guatemala, Perú y Bolivia, donde las haciendas y estancias constituían herencias feudales que perpetuaban el sometimiento de la raza vencida: los indios. Lo que propone es una modernización sin sobresaltos («ni forzosa nivelación ni feudal tiranía»), un proceso que conduzca hacia una sociedad basada en los méritos individuales, de libre selección, «en que se imponen el talento y la energía, y perpetuo remozamiento de las aristocracias»⁷.

Y aunque se instaló por espacio de cuarenta años en el viejo continente, Francisco García Calderón nunca dejó de tener presente a su patria. Ahí está como ejemplo su libro de 1907, *Le Pérou contemporain*, que mereció el aplauso y el interés de la comunidad académica francesa (y solo fue traducido íntegramente al castellano en 1981). Esta obra contiene un mensaje de optimismo, una mirada entusiasta y esperanzada sobre el porvenir de la lejana patria. Se ha dicho que se trata de un libro verdaderamente orgánico y de un símbolo propio de la *belle*

⁶ GARCÍA CALDERÓN. (2001): *Obras escogidas, Vol. II. La creación de un continente*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, p. 57.

⁷ *Ibidem.*, p. 163.

époque. En esta obra se reflexiona y vislumbra el futuro del Perú sobre la base de un análisis profundo de su geografía, historia y actividad económica en el contexto internacional⁸.

La vocación intelectual de Francisco García Calderón

Es un hecho indudable que García Calderón, aunque nacido por los azares del destino en el puerto chileno de Valparaíso, durante el destierro que sufrieran sus padres en la guerra del Pacífico, fue el discípulo más notable y predilecto de José Enrique Rodó (1871-1917) en los medios limeños. En su obra paradigmática de 1900, *Ariel*, el maestro uruguayo dirigió una especie de sermón laico a las nuevas generaciones. Su ideal para América era la conservación de las tradiciones clásicas, su ensueño o utopía «la fusión de las inspiraciones esenciales del cristianismo y del helenismo»⁹. Oponiendo a la utilitaria civilización anglosajona el viejo ideario latino, Rodó marcaba el camino para fundar la democracia auténtica y la libre selección de las capacidades.

Dejando a un lado la gran influencia liberal y republicana que recibiera de su padre, el jurista arequipeño Francisco García Calderón Landa, autor del sólido *Diccionario de la legislación peruana* (1860-64, 2 vols.), conviene poner atención a las lecturas del joven Francisco. En su época de estudiante en la Universidad de San Marcos, fueron los libros de Castelar, Maistre, Donoso Cortés, Michelet, Spencer, Le Bon, Reclus, Renán, y especialmente Taine, los que formaron el marco teórico para su aproximación al estudio del Perú y de la realidad iberoamericana. Como bien lo anotó Gonzalo Zaldumbide: «Desde mozo, allá en su Lima indolente, se alzaba ya a otear el mundo, vivía como al atisbo de indicios significativos y apresurábase a inquirir el curso definitivo de las corrientes espirituales»¹⁰.

Tempranamente, a los 21 años de edad, inicia una serie de publicaciones fundamentales en el campo de las ideas y de las humanidades, que sacuden al escenario académico internacional. Así se plasmaron sus libros *De litteris* (1904), *Hombres e ideas de nuestro tiempo* (1907) y *Profesores de idealismo* (1909), obras que parecen

⁸ RUIZ ZEVALLOS, Augusto. (2007): «El Perú contemporáneo», en *El Dominical; suplemento de «El Comercio»*. Lima, 22 de julio; GONZALES ALVARADO, Osmar. (2008): «Francisco García Calderón (1883-1953)», en *Veinte peruanos del siglo XX*, CATERIANO BELLIDO, Pedro. Lima, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, pp. 30-34.

⁹ GARCÍA CALDERÓN, Francisco. *La creación de un continente*, [5], pp. 113-114. y Véase también ABELLÁN, José Luis. (1991): *José Enrique Rodó*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, (Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina, vol. 14), pp. 19-22 y 31-69, en las que se reproduce el texto íntegro de *Ariel*.

¹⁰ ZALDUMBIDE, Gonzalo. (1920): «Francisco García Calderón: semblanza», en *El wilsonismo*. GARCÍA CALDERÓN. París, Agencia General de Librería, (Biblioteca latino-americana), p. 5.

significar el tránsito de lo abstracto a lo concreto: son exploraciones en el ámbito de los conceptos y modelos generales que luego empleará al realizar sus estudios sobre el Perú y el continente americano. Sorprende la manera cómo combinó en esos y sus posteriores escritos amplios conocimientos de historia, filosofía y sociología.

El Perú, la vocación intelectual, el exilio cuasi voluntario en Europa, los lazos de amistad duraderos y cierta forma esquiva de mirar la política, constituyen rasgos que marcan su especial modo de ser intelectual. Como hombre de letras, Francisco García Calderón era, a pesar de su maltratada vista, un lector impenitente, un analista de alto vuelo, dueño de un estilo elegante y preciso, siempre atento a las nuevas corrientes de pensamiento en el mundo que le tocó vivir. En suma, era un humanista, un «intelectual fuerte», en términos de la historiadora del pensamiento María Teresa Fumagalli¹¹. También fue ensayista de nota, articulista agudo y promotor editorial. Sólo una cosa le faltó para redondear un modelo de intelectual absoluto, y es que aun cuando ejerció como conferencista, nunca fue catedrático; pero siempre se comportó como maestro. Ahí está, como ejemplo, la influencia que tuvo en el ilustre escritor mexicano Alfonso Reyes (sobre lo cual volveremos más adelante).

La rapidez con que García Calderón adquirió un vuelo propio, conquistando un lugar de privilegio en las letras hispanoamericanas, es asombrosa. Y esta trayectoria se manifiesta en toda su magnitud conociendo la relación que nuestro personaje sostuvo con su maestro a la distancia, el gran «profesor de idealismo», José Enrique Rodó. Ambos estaban unidos por la consideración de la latinidad como fuente civilizatoria, por la fe en la aristocracia de la inteligencia¹², y por un acendrado sentido continentalista. Lo lamentable —como puntualiza Emir Rodríguez Monegal— es que estos dos hombres de espíritus afines jamás se conocieran personalmente: en efecto, Rodó y García Calderón construyeron sus lazos afectivos por medio de cartas, comentarios a sus obras e intereses intelectuales similares. Pero el contacto personal, el cordial apretón de manos, las tertulias sabrosas e informadas, jamás ocurrieron¹³.

¹¹ FUMAGALLI, María Teresa. Y BROCCHERI, Beonio. (1995): «El intelectual», en *El hombre medieval*. LE GOFF, Jacques. Madrid, Alianza Editorial, pp. 191-219.

¹² Por eso es que resulta fuera de contexto reclamarles bases para el estudio de la cultura popular, como lo hace LÓPEZ-OCÓN CABRERA, Leoncio. (1986): «La idea de la nacionalidad continental en el pensamiento político del peruano Francisco García Calderón», en *Revista de Indias Vol. XLVI*, N° 178. Madrid, pp. 643-649. Así se expresa con acierto GONZALES, Osmar. (2001): «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», en *Acta Herediana*. N° 30/31, N° 8. Lima, p. 24.

¹³ Uno de los más preocupados por resaltar la relación entre estos dos notables intelectuales ha sido el profesor RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. (1953): «Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón», en *Número n° 23/24*. Montevideo, pp. 255-262, y RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. 1985): «América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó», en *Cuadernos Hispanoamericanos N° 417*. Madrid, pp.

Cuando el peruano era todavía un estudiante destacado en la Universidad de San Marcos, Rodó (sin ser más que doce años mayor) ya era la figura intelectual latinoamericana por excelencia. En 1900 había publicado ese famoso opúsculo, *Ariel*, adoptado como libro de cabecera por la juventud hispanohablante de principios de siglo. Era natural, pues, que un muchacho imbuido de la prédica idealista de Rodó recurriese al amparo de tan distinguida figura cuando se animó a publicar una primera colección de artículos y ensayos suyos sobre temas de literatura y filosofía, con el título latino *De litteris*. El maestro uruguayo se entusiasmó rápidamente al leer el manuscrito de García Calderón, en el cual encontró madurez intelectual y profundidad de pensamiento, virtudes poco usuales para una persona tan joven. Gustosamente, Rodó redactó un pequeño texto a manera de prólogo, con el que cumplía el encargo solicitado¹⁴.

Según el juicio que Rodó plasma en el mencionado prólogo, García Calderón «empieza manifestando cualidades del juicio, o más generalmente de la personalidad, que suelen ser el premio de las largas batallas interiores, el resultado de una penosa disciplina del espíritu». En seguida manifiesta: «Este escritor nuevo, sin dejar de ser muy juvenil por su hermoso y noble entusiasmo, nos da anticipados sabores de madurez». Y subraya su visión optimista: «Yo veo en él una de las mejores esperanzas de la crítica americana»¹⁵. El espaldarazo fue definitivo y contundente. Ahora que conocemos la trayectoria que siguió el arielista peruano, sabemos que Rodó no se equivocó: desde ese tiempo tan temprano, García Calderón ya se vislumbraba como su auténtico heredero¹⁶.

Por cuanto se refiere al ámbito social e intelectual limeño de su mocedad, hay que destacar naturalmente la relación estrecha con José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944). Ambos muchachos habían asistido al colegio de la Recoleta, dirigido por sacerdotes franceses de los Sagrados Corazones, eran vecinos del céntrico jirón Camaná y frecuentaban parecidos círculos humanos, en la cúspide de la sociedad capitalina. La feliz circunstancia de haberse publicado el epistolario entre ambos personajes, nutrido con más de un centenar de cartas,

166-171.

¹⁴ «Francisco García Calderón y la crítica literaria» se titulará, facticiamente, este prólogo que lleva por data Montevideo, 1903. Cf. GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO. (1904): *De litteris (crítica)*. Lima, Librería e Imprenta Gil, p. V-VII.

¹⁵ *Ibidem*, p. V-VI. Las mismas citas pueden hallarse en RODÓ, José Enrique. (1957): *Obras completas*. Introducción, prólogos y notas por RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. Madrid, Aguilar.

¹⁶ ANDÚJAR, Jorge. (1994): «Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero», en *Boletín del Instituto Riva-Agüero* (Lima), vol. 21, p. 21, y GONZALES, Osmar. (1996): *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima, Ediciones PREAL, pp. 26-27.

nos invita a tratar algunos puntos de esa relación¹⁷. Es necesario tener presente el talante con que García Calderón se dirige a Riva Agüero. No hay en sus líneas asomo de envidia o ambición material, sino que ve en la carrera política de su amigo una posibilidad para realizar algunos de los sueños e ideales que los unieran desde sus primeros años, especialmente en lo que denominaban «la regeneración de la patria». Se trata de la política vista idealmente, platónicamente, como el gobierno de los sabios, lo que ellos mismos eran¹⁸.

Puede darse por seguro que si Riva Agüero hubiera logrado sus objetivos políticos, sobre todo en torno a la aventura del Partido Nacional Democrático en 1915, García Calderón habría regresado de su exilio europeo, y cada uno hubiera cumplido los papeles que les estaban «asignados» por la historia y la stirpe: el primero como cabeza visible del Estado —no se olvide que Riva Agüero era bisnieto, en línea directa, del primer presidente de la República del Perú¹⁹— y el segundo como su más fiel seguidor. Esto revela otro aspecto notable de la personalidad de García Calderón, cual es la generosidad y hasta la humildad. A pesar de ser tan o más reputado que su amigo, intelectualmente hablando, y no obstante haber cimentado un sólido prestigio en Europa, no tiene ningún problema en ubicarse a la sombra de Riva Agüero, como un segundón. García Calderón antepuso permanentemente la amistad y un sentido de lealtad que sólo de vez en cuando se encuentra en personajes de tan fino calibre: era, diríase, «un pensador casi puro»²⁰.

Ornamento retórico: lo clásico en García Calderón

Desde luego que no puede asignarse a Francisco García Calderón la característica de haber seguido muy cercanamente los modelos o referentes del mundo clásico. No se trata de un Garcilaso Inca de La Vega (1539-1616), a quien se ha llamado el primer latino-americano de la historia, en el sentido estricto de la palabra; no es un escritor del Renacimiento que manejara directamente los

¹⁷ RIVA AGÜERO, José de la. (1999): *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, en sus *Obras completas*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, vol. XVI/1, pp. 604-773. Las cartas, intercambiadas en uno y otro sentido, se extienden desde 1905 hasta 1941.

¹⁸ GONZALES, Osmar. (2001): «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [11], p. 33.

¹⁹ RÁVAGO BUSTAMANTE, Enrique de. (1999): *El gran mariscal Riva Agüero, primer presidente y prócer de la peruanidad*, 2da ed. Lima, Industrial Gráfica, p. 91 y ss.

²⁰ GONZALES, Osmar. (2001): «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [11], p. 34. Respecto a las afinidades y diferencias, tanto socio-económicas como ideológicas, entre nuestro personaje y Riva Agüero se ha pronunciado críticamente Jorge BASADRE, en «Realce e infortunio de Francisco García Calderón». Ensayo preliminar a GARCÍA CALDERÓN. (1954): *En torno al Perú y América (páginas escogidas)*. Lima, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, p. XXXV-XXXIX.

parámetros de escritura y pensamiento de los viejos autores grecorromanos²¹. Pero no faltan en sus obras algunas referencias, aunque sean meramente retóricas, nada más que recursos estilísticos, demostrando que a principios del siglo XX los intelectuales más jóvenes y brillantes de América Latina todavía respetaban grandemente el influjo de los clásicos.

En primer lugar, citaré del prólogo que García Calderón escribió en 1907 a su más notable libro de juventud, el ya mencionado *Le Pérou contemporain*.²² Tomemos la dedicatoria a su padre, el ilustre jurista y presidente de la República, Francisco García Calderón Landa (1834-1905):

*A la gran memoria de mi padre,
el más dulce maestro de mi grave juventud,
yo dedico estas páginas de fe
sobre la patria de sus antepasados e hijos,
que defendió como espartano en la guerra,
que honró como ateniense en la paz.
«Indocti discant: ament meminisse pereti»²³.*

Vemos aquí que tanto la frase latina que cierra la dedicatoria como, sobre todo, las referencias a las virtudes bélicas de Esparta y las virtudes pacíficas de los atenienses, son alusiones directas al mundo cultural y político de la Antigüedad. Se aprecia claramente el valor modélico y la alta cualidad retórica que los arielistas, como García Calderón, otorgaban al clasicismo. Pero, recorriendo las páginas de

²¹ CLAIRE y PAILLER, Jean-Marie. (1992): «Une Amérique vraiment latine: pour une lecture 'dumézilienne' de l'Inca Garcilaso de la Vega», en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*. Paris, vol. 47, N° 1, pp. 207-235, y HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro. (1994): «El renacentismo del Inca Garcilaso revisitado: los clásicos greco-latinos en su biblioteca y en su obra», en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* (Genève), vol. 56, pp. 644-645. El apelativo de «primer latino-americano» corresponde a la inspiración de Juan Marichal.

²² Esta obra ha merecido un penetrante análisis interpretativo, en el contexto de la evolución intelectual de García Calderón, a cargo de Pedro PLANAS. (1994): *El 900: balance y recuperación*. Lima, Centro de Investigación y Tecnología para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, p. 63-69. Leemos aquí que la idea de *Le Pérou contemporain* ya la tenía en mente nuestro autor desde antes de partir a Europa, pero fue en la capital francesa donde pudo escribir con la tranquilidad que necesitaba y dar forma definitiva a esa primera reflexión integral sobre el Perú, y de la que el propio Riva Agüero sentiría una especie de envidia fraterna y admiración intelectual. Véase la carta del 12 de septiembre de 1907, en que le escribe a su compañero de lecturas y paseos: «Es el libro que yo soñaba. Me lo has arrebatado. No importa, bien arrebatado está» (RIVA AGÜERO, *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, [16], p. 631).

²³ GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (1981): *El Perú contemporáneo*, [2], p. VII. *Indocti discant: ament meminisse pereti*, a pesar de contener una forma inusual del participio del verbo *pereo* (perecer), se puede traducir literalmente como «Escuchen los ignorantes: amen acordarse de lo perecido». Lo cual equivale a decir que, cuando ignoramos algo, es bueno recurrir a la historia. (Agradezco a la profesora Ana María Gispert Sauch por su gentil ayuda con esta frase latina).

esa misma obra, no encontramos ninguna mención suplementaria, ni un atisbo de reflexión sobre cómo pudieran haber influido los referentes clásicos en la formación cultural peruana o en la disección que el autor hacía de esa sociedad.

Donde, sin embargo, se hallan alusiones más directas es en su celebrado libro de 1912, *Les démocraties latines de l'Amérique*, aparecido también en francés y en París (con prólogo de Raymond Poincaré, primer ministro y luego presidente de la República Francesa). Como bien sabemos, esta obra está planteada desde el propio título como una contestación — aunque tardía — a *De la démocratie en Amérique*, libro que entre 1835 y 1840 había publicado Alexis de Tocqueville (1805-1859), el analista político francés, alabando las virtudes de la emancipación de las colonias inglesas en Norteamérica y la marcha del sistema republicano en los Estados Unidos²⁴. Evidentemente, al referir en su texto a América, el escritor francés estaba pensando solamente en el gran país del Norte, dejando en un plano secundario a la otra América, situada al sur del río Bravo, que había experimentado la dominación española y portuguesa y estaba todavía formando sus Estados nacionales, en medio de graves tropelías y desajustes fiscales.

Francisco García Calderón toma la pluma para escribir contra esa negligencia, ignorancia o «ninguneo» de la América meridional, aquella porción del continente que — según el planteamiento bolivariano — debía unirse en un frente común, sumando esfuerzos para escapar a la previsible hegemonía del poderoso vecino del Norte²⁵. Ya se deja entender que nuestro pensador formula, como prototipo de su ambiente intelectual, una disensión entre la herencia sajona y la herencia latina del Nuevo Mundo. Para esto recogeré el libro VI de su obra mencionada, que se titula *El espíritu latino y los peligros alemán, norteamericano y japonés*, donde García Calderón esboza la esencia de lo que comprende por cultura o tradición latina, advirtiendo al mismo tiempo sobre los peligros de la injerencia extranjera, que pudiera provenir de Berlín, Washington o Tokio²⁶.

²⁴ TOCQUEVILLE, Alexis de. (1990): *La democracia en América*. Edición crítica preparada y traducida por Eduardo Nolla. Madrid, Aguilar, 2 vols. (Col. Aguilar maior). Véase también el estudio biográfico-político de T. SCHLEIFER, James. (1984): *Cómo nació «La democracia en América» de Tocqueville*. Trad. de Rodrigo Ruza. México, D.F., Fondo de Cultura Económica.

²⁵ GARCÍA CALDERÓN trata los problemas de la unificación o integración latinoamericana durante el siglo XIX en *La creación de un continente*, [5], lib. I, «La unificación», p. 59 y ss. Véase también HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro. (1983): «Integración latinoamericana: proyectos y realizaciones a través de la historia», en *Festivales ALATU. Síntesis informativa*. CAPELLA RIERA, Jorge. Lima, Asociación Latinoamericana de Teleducación Universitaria, pp. 10-11.

²⁶ GARCÍA CALDERÓN. (2001): *Obras escogidas*, vol. III. *Las democracias latinas de América*. Trad. de Ana María Jullian. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 285-337.

No encuentro en nuestro autor, siendo un analista tan profundo y tan buen conocedor de la literatura de su época, mayores trazas acerca de quiénes habían iniciado esa corriente de entendimiento sobre el carácter latino de América. Este punto merece una reflexión algo pausada, si queremos situar históricamente el contexto en el cual empieza a darse el término de *América Latina*, nombre que hoy todos usamos más o menos libremente, pero que encerró una gran novedad en su momento inicial. Hay que referir la coyuntura y las condiciones propias que se dieron para que el conjunto de antiguos dominios españoles y portugueses en el Nuevo Mundo (así como también los franceses) pasaran a ser integrados bajo esta novedosa denominación. No se hablará más de Hispanoamérica, ni de Iberoamérica, ni del mundo hispánico como una globalidad; a partir de la década de 1850 se preferirá hablar, más bien, de América Latina²⁷.

Ello, evidentemente, representa un descentramiento respecto a los ejes que habían marcado la pauta de la vida política y cultural. Desterrar los términos antes mencionados significaba potenciar los elementos que eran comunes — siquiera remotamente — a este hemisferio y el mundo mediterráneo, vale decir, el ámbito donde habían señoreado los romanos a principios de la era cristiana y donde, por extensión, se había dado la vigencia de la civilización latina. Entonces, ya que Roma era la urbe desde la cual se extendió la dominación del Imperio hacia el resto de la Península Itálica, hacia Francia, hacia España, hacia Portugal y hacia otros lugares del Viejo Mundo, nuestra vinculación matriz venía a darse por este lado. Y así, pues, el núcleo esencial no debía ser más Madrid o Lisboa, sino la capital surgida de la revolución burguesa: París, evidentemente²⁸.

Por lo tanto, hablar de América Latina en aquellos momentos implica señalar que la pauta de referencia cultural se halla en Francia. La mitad del siglo XIX es, precisamente, la época de mayor vigencia de la lengua y la cultura francesas entre los hispanoamericanos; cuando impera el romanticismo los modelos literarios, estéticos, culinarios, espirituales, provienen de París, y el sueño dorado de cualquier intelectual que se precie es ir a codearse con los grandes maestros en la metrópoli del Sena. En este contexto, hay que mencionar concretamente la intervención de dos personajes: el chileno Francisco Bilbao (1823-1865) y

²⁷ ROJAS MIX, Miguel. (1991): *Los cien nombres de América; eso que descubrió Colón*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, (Col. Identidad cultural), p. 357 y ss.

²⁸ Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la impronta o hegemonía cultural francesa desembocó, políticamente hablando, en la agresión imperialista contra México y la instalación de Maximiliano de Austria en el trono de ese país. Véase al respecto BASADRE, Jorge. (1983): *Historia de la República del Perú, 1822-1933*. 7a. ed. Lima, Editorial Universitaria, vol. 4, cap. XXXI, «La política de nacionalismo continental entre 1856 y 1862», p. 109 y ss.

el colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889), a quienes se reconoce como los iniciadores de la corriente ideológica que vincula a América con el «panlatinismo», el ancho mundo de la latinidad²⁹.

No hay espacio aquí para entrar en detalles muy puntuales. Señalemos, con todo, que la investigación comprueba que fue en el mismo año 1856, y con diferencia de sólo unos cuantos meses, que ambos intelectuales residentes en la Ciudad Luz se hicieron precursores voceros del latinoamericanismo³⁰. Bilbao usó el gentilicio «latinoamericano» en una conferencia sobre *Iniciativa de la América*, ofrecida el 24 de junio (antiguamente Día del Indio) ante un grupo de compatriotas reunidos en la capital francesa. Por su parte, Torres Caicedo, quien luego ganaría fama como acérrimo defensor del término «América Latina», a pesar de las negativas circunstancias de la intervención napoleónica en México, dio la nota más clara al escribir en su poema *Las dos Américas*, fechado en París el 26 de septiembre de 1856: «La raza de la América latina / al frente tiene la sajona raza, / enemiga mortal que ya amenaza / su libertad destruir y su pendón»³¹.

Carácter y perspectivas del latinismo en América

Continuemos con algunas ideas suplementarias de García Calderón sobre el tema de la latinidad. En su obra ya citada, *Les démocraties latines de l'Amérique*, refiere que en el siglo XIX, luego de la ruptura del vínculo colonial, han venido numerosos migrantes a poblar tanto la América del Norte como la del Sur y se ha producido, en consecuencia, una mezcla racial. Sin embargo, este fenómeno no impide que permanezcan dos herencias bien marcadas:

Esta confusión de razas de Norte a Sur deja en presencia dos tradiciones: la anglosajona y la iberolatina. Su fuerza de asimilación transforma las razas nuevas. Los ingleses y los españoles desaparecen; sólo subsisten las dos herencias morales. Fácilmente se descubre esta tradición latina en los americanos del Sur. Ellos no son exclusivamente españoles o portugueses. Al legado recibido de España se han unido tenaces influencias originarias de Francia y de Italia. De

²⁹ Recordemos que el pensador chileno, antes de viajar a París y postular el término de América Latina, había pasado unos años como desterrado político en Lima. Cf. MELGAR BAO, Ricardo. (1991): «Francisco Bilbao y la rebelión de los igualitarios en Chile», en *Cuadernos Americanos* (México, DF), N° 27, mayo-junio de, pp. 52-68, y también el magnífico estudio de J. VARONA, Alberto. (1973): *Francisco Bilbao, revolucionario de América: vida y pensamiento*. Panamá, Editorial Excelsior.

³⁰ ROJAS MIX, Miguel. (1991): *Los cien nombres de América*, [26], s.v. «Bilbao y el hallazgo de América Latina», pp. 343-356.

³¹ ARDAO, Arturo. (1980): *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, p. 103. (Col. Enrique Bernardo Núñez, vol. 3).

*México al Plata, las leyes romanas, el catolicismo, las ideas francesas, por una acción vasta y secular, han dado aspectos uniformes a la conciencia americana*³².

Es interesante la mención de esos tres elementos fundamentales, que dan cohesión profunda a la espiritualidad de las naciones latinoamericanas. ¿Qué es lo que mantiene la tradición, garantizando la vinculación de los pueblos en esta enorme superficie que va desde México hasta la cuenca del Plata? Pues las leyes de origen romano, que se trasladaron a través de la colonización hispánica; el catolicismo, que acompañó cual agregado indisoluble la empresa de los conquistadores; y un elemento adicional, las ideas francesas del racionalismo y de la Ilustración, que penetran con los Borbones a partir del siglo XVIII³³. La consideración tan nuclear del aporte francés me parece un hecho clave, pues se relaciona con el argumento de que la tradición clásica o latinismo de América pasa por el tamiz, el conducto de Francia. La cita que sigue es por demás clara:

*Al agregarse a estas influencias, las ideas francesas preparan primero y gobiernan luego los espíritus americanos desde la época de la Independencia hasta nuestros días. [...] Así se ha formado en el continente americano una corriente general de pensamiento que no es sólo ibérica, sino francesa y romana. Francia ha realizado la conquista espiritual de nuestras democracias y ha creado en ellas una variedad del espíritu latino. Esta alma latina no es una realidad aparte: está formada de caracteres comunes a todos los pueblos mediterráneos*³⁴.

Por último, García Calderón observa críticamente los rasgos de carácter de origen mediterráneo, que nutren el espíritu y marcan el color de las democracias existentes en América del Sur. Se trata de unas democracias realmente endebles, afectadas por la inestabilidad política, los frecuentes cambios de Constitución y los repetidos golpes de Estado. En estos países el panorama es radicalmente distinto al que prima en América del Norte; en las repúblicas y sociedades del ámbito meridional campea un latinismo inferior, el espíritu romano de la fase

³² GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (2001). *Las democracias latinas de América*, [25], p. 288.

³³ Sobre el tema de la influencia francesa en la época de la Ilustración, véase la recopilación de ensayos dirigida por Bernard LAVALLÉ, *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières: tradition, innovation, représentations*. Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1987 (Coll. de la Maison des Pays Ibériques, vol. 32), y especialmente los artículos de PÉREZ, Joseph. «Tradition et innovation dans l'Amérique des Bourbons», p. 237-246, y Jean-Pierre Clément, «L'apparition de la presse périodique en Amérique espagnole: les cas du *Mercurio Peruano*», pp. 273-286.

³⁴ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [25], pp. 290-291.

de decadencia, con abundancia verbal, retórica ampulosa, énfasis oratorio...³⁵ Al igual que en la vieja Hispania que fuera su «madre patria», los defectos de la civilización latina decadente se reflejan en la vida americana.

Esas repúblicas latinas del hemisferio occidental no quedan, pues, al abrigo de ninguna de las debilidades ordinarias en la «raza» mediterránea. Sin embargo, aunque reconoce esta condición congénita inferior, plagada de defectos consustanciales a la herencia latina, García Calderón postula firmemente que debe mantenerse la barrera frente a la vertiente anglosajona, por considerarla enemiga de nuestro espíritu y tradición:

Este espíritu de una América nueva es irreductible. El contacto de la civilización anglosajona podrá renovarlo parcialmente, pero la transformación integral del genio propio de nuestras naciones no se operará nunca. Ello significaría el suicidio de la raza. Allí donde los yanquis y los latinoamericanos se ponen en contacto, se observan mejor las contradicciones insolubles que separan a los unos de los otros. Los anglosajones conquistan la América comercialmente, económicamente, imponiéndose a los latinos, pero la tradición y el ideal, el alma de estas repúblicas les son hostiles³⁶.

La fe encendida de nuestro autor en la vitalidad, las energías positivas de un continente joven como América Latina, se ve idealmente expuesta en la parte conclusiva de otro libro suyo, *La creación de un continente*. Incitado por los planteamientos racistas de Gustave Le Bon (1841-1931), el arielista peruano declara que las «índoles neutras» de los mestizos, indios y negros retardan los esfuerzos en pro de una transformación y modernización radical; pero confía, en última instancia, que llevará la delantera el influjo movilizador de los inmigrantes de origen europeo, sobre todo de alemanes e italianos septentrionales. Llega a escribir, con pleno entusiasmo, que 70 millones de hombres (y mujeres) se suman desde el Nuevo Mundo a la civilización latina, y destaca la aparición de una nueva urbe millonaria, Buenos Aires, que prolonga e imita desde sus palacios de mármol los modelos de procedencia parisina³⁷.

Desde el punto de vista de la tradición clásica, viabilizada por el conducto de Francia, una de las frases más sugestivas y contundentes de Francisco García

³⁵ En América Latina, «la necesidad de formas representativas y fundamentos espirituales es tan grande, que proliferan los monumentos, los epítetos, las personalidades prestigiosas, las placas recordatorias, los diplomas, los discursos», según escribe Ciro ALEGRIA VARONA, «Los estudios clásicos y las necesidades culturales en Latinoamérica», en *Boletín de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos* (Lima), n° 4, 1998, p. 6.

³⁶ GARCÍA CALDERÓN, Joseph. (1987): *Las democracias latinas de América*, [25], p. 292.

³⁷ GARCÍA CALDERÓN, *La creación de un continente*, [5] Op. Cit., pp. 203-204 y 208-209.

Calderón es ésta: «Un gran entusiasmo empuja al continente hacia nuevos Dorados donde buscan modernos conquistadores el secreto del arte propio. No les satisfacen el prestigio de Tiro, el poder de Cartago: ambicionan — ¿y no los redime este empeño de la mediocridad?— la gloria de Atenas, la supremacía de Francia»³⁸. Esto quiere decir que los pujantes pobladores de América Latina no se satisfacen con algunas notas restallantes pero intermedias en la evolución del mundo occidental; ellos aspiran a lo mejor del Viejo Mundo, buscan remedar los modelos y símbolos más excelsos del clasicismo, irguiéndose así como una de las esperanzas más grandes de la estirpe latina. ¡Notable profesión de fe y aliento de victoria indesmayable!

El problema de la raza en el Perú y América Latina

Tal es, pues, la posición que mantiene el joven intelectual arielista formado en la Universidad de San Marcos. Lo que prevalece, en el fondo, es como una barrera imaginaria entre la civilización anglosajona y la herencia románica, una valla infranqueable que Francisco García Calderón construye y defiende antes de la primera Guerra Mundial, apelando a esa larga vertiente de tradición clásica y a los sentimientos de identidad latina que hemos mencionado. Así queda establecida la peculiaridad de muchas de las sociedades y repúblicas del Nuevo Mundo: «Entre sajones y latinos se percibe claramente el contraste de dos culturas. Los americanos del Sur se creen latinos de raza, como sus hermanos geográficos del Norte son los retoños lejanos de peregrinos anglosajones»³⁹.

Junto a caracterizaciones serias que ubican a su obra en una posición oligárquica pero antigamonal y favorable a la modernización capitalista (un proyecto ecléctico, que busca compatibilizar modernidad y tradición), abundan los acercamientos tendenciosos que resaltan aquellos pensamientos racistas de nuestro autor. En realidad, cuando él hace referencia a la raza, y así lo ha señalado correctamente el historiador Augusto Ruiz Zevallos en una contribución presentada al Congreso de la República del Perú (2001)⁴⁰, no está marcando una pauta desde el punto de vista biológico o de pigmentación, sino echando mano

³⁸ *Ibidem.*, p. 210. Si bien se menciona en el intitulado del cap. 6, «Francisco García Calderón: la tradición latina», el problema de los orígenes de la latinidad en América es tratado sólo sumariamente en el libro de Karen SANDERS, *Nación y tradición: cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930)*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú & Fondo de Cultura Económica, 1997 (Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, N° 160), p. 243 y ss.

³⁹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [25], Op.Cit., p. 287.

⁴⁰ RUIZ ZEVALLOS, Augusto. (2001): «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», MS. Ponencia ofrecida al coloquio “Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano”, Congreso de la República, Lima.

de un concepto más amplio también más etéreo, por cierto, que tiene que ver con el complejo de elementos de tradición, cultura, lengua, religión, identidad colectiva.

El racismo, en tanto teoría que pretende justificar la exclusión y la dominación de unos hombres sobre el criterio de la diferenciación biológica, tiene su punto de partida en el tratado del conde Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-55, 4 vols.). Esta obra, y sus secuelas inmediatas, configuraron la doctrina de la superioridad aria, a la cual se vinculó una serie de características físicas y psíquicas: estatura alta, ojos azules, cabello rubio, vigor viril, inteligencia precisa, objetividad imperturbable, perseverancia y voluntad férrea, etc⁴¹. A partir de entonces la idea de raza estará referida a consideraciones físicas objetivas, como se recoge luego con vigorosa fuerza en el darwinismo y el evolucionismo. Darwin y Spencer se influyeron mutuamente en la idea de «supervivencia de los más aptos», que de inmediato daría consistencia al mito de la superioridad de la raza blanca.

A este respecto, se considera hoy generalmente que el racismo está basado sólo en consideraciones y prejuicios ideológicos, fundados en las ansias de dominación de unos grupos humanos sobre otros; pero carecen de cualquier base científica las nociones y propósitos de jerarquización a partir de rasgos diferenciales dentro de nuestra misma especie, la del *homo sapiens*⁴². De todas formas, las ideas de Gobineau sobre la «desigualdad de las razas humanas» fueron trasladadas al Perú por Sebastián Lorente (1813-1884), un profesor español llamado para dirigir el colegio de Nuestra Señora de Guadalupe en Lima y, además, autor de una historia de la civilización peruana en varios tomos, donde explica la evolución del país a base de criterios raciales. Tanto el discurso como las prácticas racistas se desarrollaban en el siglo XIX, paradójicamente, al mismo tiempo que las pretensiones igualitarias del ideario republicano.

Es obvio que la idea de raza en Francisco García Calderón no repite simplemente las declaraciones que trataban de justificar la explotación de los blancos y mestizos sobre los indígenas; pero no podríamos negar que en ciertos casos su concepción sirve para fines políticamente jerarquizantes, y por ello

⁴¹ SILVA SANTISTEBAN, Fernando. (1998): *Antropología: conceptos y nociones generales*. Lima, Universidad de Lima & Fondo de Cultura Económica, p. 167.

⁴² *Ibidem*, p. 158: «...una clasificación de las razas debe tener en cuenta caracteres morfológicos, bioquímicos, fisiológicos e, incluso, patológicos. De esta manera la noción de raza queda circunscrita sólo al orden biológico y se separa claramente de los conceptos de *cultura, sociedad, pueblo, nación, lengua, etnia* e incluso de *población*, cuya naturaleza y configuración no son de orden genético ni biológico».

mismo deviene conservadora del *statu quo*. Por ejemplo, cuando expone la necesidad de la tutela transitoria de los moradores aborígenes, para evitar que sigan bajo la explotación del cura y del cacique (aunque su fin último sea la forja de aquellos individuos). En la parte conclusiva de su libro *Le Pérou contemporain* expresa el intento de hacer compatibles la conciencia de la raza, el conocimiento de la geografía y el peso de la herencia histórica con las decisiones de los gobernantes y la responsabilidad de las élites⁴³. El tema de la raza es crucial, aunque ha dado lugar a que algunos califiquen de racista a García Calderón.

No hay que olvidar que en los tiempos de este personaje las clases altas de Lima y otras ciudades «hispanizadas» del Perú se referían a los indios, negros y mestizos como razas inferiores. Y son aquellas clases a las cuales él, en tanto que par de pleno derecho, se dirige; por eso, cuando en algún momento habla de raza inferior —los indios— aclara de inmediato que su inferioridad se debe a los efectos de la conquista española y al servilismo a que están sometidos. En otra ocasión (como ya hemos dicho) habla del factor negativo de indios y mestizos para conseguir la ansiada modernización de los países latinoamericanos, pero haciendo alusión a las costumbres, más que a la constitución biológica.

Ello queda más claro cuando en *Les démocraties latines de l'Amérique* señala que «la idea de raza, es decir, tradiciones y cultura, domina en la política moderna»⁴⁴. En tal sentido habla de raza indígena y mestiza, de raza latina y anglosajona, de raza teutona y eslava, etc. Otra vez, en su ensayo sobre la conflagración mundial de 1914-1918, dirá que «no existe raza superior definitivamente consagrada por un Dios propicio»⁴⁵.

Teniendo en cuenta estas ideas, antes que racismo, en García Calderón es más propio hablar de racialismo. Y aunque se puede hallar en sus escritos condenas al eclecticismo, en la práctica García Calderón se muestra como un ecléctico, que realiza un tránsito ideológico del espiritualismo hacia el positivismo. Así es que manifiesta fuertes simpatías por Bergson y Spencer en lo filosófico y por Rodó en lo político. La vieja tensión entre libertad y determinismo, que entre los

⁴³ GARCÍA CALDERÓN, *El Perú contemporáneo*, [2] Op, Cit., p. 303 y ss. No era nada positiva la opinión del joven Mario VARGAS LLOSA sobre las tesis sociológicas difundidas por nuestro autor en esa obra tan comentada, pues llega a escribir que es «un libro en el que se encuentran algunos peligrosos gérmenes de prejuicio racial y algunas desdichadas proposiciones sobre el servilismo de los indios, y que no muestra mucha preocupación por una auténtica revalorización de lo indígena». Véase GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (1956): "teoría de los dos Perús", en *Cultura Peruana Vol. XVI, N° 98* Lima, p. 66.

⁴⁴ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [25] Op, Cit., p. 389.

⁴⁵ GARCÍA CALDERÓN, (1919): *El dilema de la Gran Guerra*. París, Ediciones Literarias, p. 271.

marxistas se manifiesta como el ser y la conciencia y entre los cristianos como libre albedrío y ley natural, es uno de los temas principales que recoge nuestro autor de los maestros europeos⁴⁶.

La vida en París: cenáculo del americanismo

Las razones del viaje a París, en 1906, de Francisco García Calderón y sus tres hermanos varones (Ventura, José y Juan) no quedan del todo transparentes: al profundo dolor que les causó la muerte de su padre, debió sumarse la voluntad de emigrar y buscar un futuro más desahogado. Fue una decisión sin duda difícil, pero que creyeron imprescindible tomar. En consecuencia, a nuestro autor le tocó experimentar en carne propia el destierro y la angustia de insertarse en una comunidad que no era la suya. Al comienzo le resultaría complejo integrarse a la sociedad parisina, pero después se convirtió en un verdadero referente de la cultura francesa y europea, gracias a sus dotes intelectivas.

Es un hecho que él pronto dejó de ser discípulo para convertirse en un intelectual con la suficiente madurez y autonomía como para reconocer aun los límites de la propuesta «arielista» de su maestro Rodó⁴⁷. García Calderón miraba con cierto pesimismo la fe del autor de *Ariel* en fundar una democracia auténtica en un medio donde imperaban la informalidad y el caciquismo de los terratenientes, dominadores feudales sobre una multitud principalmente indígena. Una de las diferencias esenciales de nuestro pensador con Rodó fue su énfasis en la modernización económica y social.

En breve tiempo, pues, Francisco adquirió vuelo propio y se convirtió en autor de lectura imprescindible, especialmente por sus obras de visión panorámica sobre América Latina. Su gran influencia se hizo patente cuando su libro: *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912) fue rápidamente traducido al inglés y al alemán; aunque sabemos que tardó más de sesenta años en aparecer

⁴⁶ Tomamos estas nociones de RUIZ ZEVALLOS, en su ya citada ponencia «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», [39].

⁴⁷ MISTRAL, Gabriela afirmó que García Calderón era el «heredero efectivo y quizás único del uruguayo», en el prólogo al libro de CARRIÓN, Benjamín. (1929): *Los creadores de la Nueva América*. Madrid, Sociedad General Española de Librería. Por su parte, Federico GARCÍA GODOY tampoco escatimaba elogios hacia el peruano: «Pertenece [García Calderón] de pleno derecho al contadísimo número de jóvenes intelectuales de América dotados de la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más arduos problemas de la mentalidad contemporánea» (*Americanismo literario*. Madrid, Editorial América, 1917, p. 155). De otro lado, Gonzalo PARÍS concluye su estudio preliminar a uno de los libros de nuestro autor diciendo que «en Francisco García Calderón descubrimos ya al preclaro maestro de las jóvenes generaciones americanas» *Ideas e impresiones*. Madrid, Editorial América, p. 39.

por primera vez en versión castellana (1979)⁴⁸. El reconocimiento a la obra de García Calderón llegó a su cumbre cuando fue propuesto como candidato al Premio Nóbel de Literatura por la comunidad intelectual francesa. Ese mismo prestigio alcanzó otra expresión importante cuando fundó en París, en 1912, *La Revista de América*, tribuna privilegiada en la que colaboraron los más prestigiosos escritores latinoamericanos —y algunos franceses— de aquel momento. Modernamente se ha recordado que uno de estos colaboradores fue Hugo David Barbagelata, discípulo y compatriota de Rodó, a quien el maestro felicitaba en una carta por haberse integrado al comité directivo de tan auspiciosa publicación⁴⁹.

El último número de *La Revista de América*, trasunto y epílogo de una fase de románticas ilusiones, coincide con el estallido de la Gran Guerra (1914-1918), y éste es un hecho relevante porque la conflagración representó el final de un período de optimismo en los medios cultos latinoamericanos por la labor civilizatoria de las naciones europeas. La desazón terminó por apoderarse de aquellos espíritus selectos cuando en 1917 (el mismo año de la muerte de Rodó) los bolcheviques tomaron el Kremlin y despojaron a los zares del poder. No sólo terminaba una época, también se derrumbaban los modelos explicativos o paradigmas hasta entonces vigentes. Por ello afirma con razón Rodríguez Monegal que el «elegante utopismo» de estos dos pensadores —Rodó y García Calderón— fue «arrasado por las crudas realidades de la época actual», aunque reconoce los afanes del peruano por adecuarse posteriormente a los cambios políticos⁵⁰.

Veamos ahora algunos rasgos de la posición estelar que nuestro personaje ocupaba por esos años en París. Está claro que Francisco García Calderón y sus hermanos adoptaron la Ciudad Luz como su morada intelectual porque, a principios del siglo XX, ella era considerada la meca de las artes, el lugar donde se concentraba lo mejor de la cultura universal. Allá iban muchos intelectuales de América Latina en busca de fama y prestigio, formando parte de aquellos a los que Alberto Blest Gana (1830-1920), el novelista chileno, había denominado en su obra epónima «los trasplantados». Desde México, en una carta escrita el 16 de enero de 1908, comentaba el dominicano Pedro Henríquez Ureña a su joven

⁴⁸ ANDÚJAR, Jorge. (1994): *Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero*, [15], p. 27.

⁴⁹ GONZALES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [11], p. 26. Aquí se cita una carta de Rodó a Barbagelata, fechada en Montevideo el 14 de enero de 1914, donde dice: «Me agradó muchísimo que usted entrase a participar en la dirección de *La Revista de América*. De García Calderón no tengo noticias hace tiempo, pero la culpa es exclusivamente mía, que le debo carta no sé desde cuando...» (nota 14).

⁵⁰ RODRÍGUEZ MONEGAL, «América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó», [12], p. 166.

discípulo y amigo Alfonso Reyes: «La nueva generación intelectual del Perú [...] es la única que hasta ahora se ha hecho conocer...»⁵¹. Y con ello aludía precisamente a los hermanos García Calderón.

Francisco se hizo uno de los mentores iniciales de Alfonso Reyes (1889-1959) al promover la publicación de su libro *Cuestiones estéticas*, que salió en París bajo el sello editorial de Paul Ollendorf en 1911. Aunque la obra llevaba un prólogo de García Calderón, se dice que el joven escritor mexicano no quedó del todo contento con esa aparición⁵². Pese a su generosidad para proyectar a nuevos talentos literarios y académicos, parece que el arielista peruano era en el trato cara a cara más bien hosco, quizás debido a su carácter introspectivo, producto de las experiencias ingratas que habían marcado su vida desde la más tierna infancia y que tuvieron efectos en su frágil psicología. Da la impresión de que García Calderón prefería relacionarse con el mundo y las personas por medio de las cartas, los ensayos, los libros, salvo con su más íntimo grupo de amigos.

En carta escrita en París el 14 de julio de 1914, Alfonso Reyes describe a Francisco ideológica y socialmente como un conservador: lleva a su mujer —una peruana, Rosa Amalia Lores— todos los domingos a misa, sus crónicas políticas en *Le Figaro* y *La Revista de América* han adquirido un carácter «reaccionario», frecuenta o pertenece a grupos de extrema derecha, vinculados al periódico *L'Action Française*...⁵³ De todas formas, los hermanos García Calderón siempre estuvieron atentos a las tribulaciones de Reyes, quien veía peligrar su empleo en la legación mexicana de París cuando Venustiano Carranza amenazaba con tomar el poder. Ellos hablaron con el editor Garnier para que lo empleara en caso de que el diplomático Reyes quedara sin trabajo. Con el estallido de la Gran Guerra, éste tuvo que regresar a su país; pero regresó a fines de 1924 y pudo reencontrarse con sus antiguos compañeros de andanzas y aficiones literarias. A pesar de haberse tratado de una relación difícil, y luego de los severos juicios iniciales, Reyes se reconcilió con Francisco García Calderón, prolongando por el resto de sus vidas lazos de amistad, inteligencia y cultura⁵⁴.

⁵¹ Cit. en GONZALES. (1986): Francisco García Calderón: un modelo de intelectual, [11], en *Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*. MARTÍNEZ, José Luis (editor). México, DF. Fondo de Cultura Económica, p. 28.

⁵² Sin embargo, una vez editado el libro de Reyes, Ventura García Calderón envió un ejemplar a Émile Boutroux, quien lo leyó y quedó impresionado. Boutroux le remitió una elogiosa carta a Reyes el 31 de octubre de 1911, desde París. Cf. GONZALES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [11], p. 28.

⁵³ LOAYZA, Luis. (1989): «Una amistad difícil: Alfonso Reyes y Francisco García Calderón. París, 1913/1914», en *Saludo del Perú para Alfonso Reyes*. Lima, Embajada de México en el Perú.

⁵⁴ GONZALES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [11], pp. 29-30.

En las numerosas cartas que escribió a Riva Agüero, se capta instantáneamente la conciencia de emigrado por parte de García Calderón. A él le angustiaba estar lejos de la patria y su deseo por volver se hacía permanente, pero al mismo tiempo era consciente de que el hallarse en otras tierras alimentaba su objetividad para mirar los problemas peruanos y escribir de manera «desapasionada» sobre este país y toda América Latina. Más allá de su nostalgia, García Calderón consideraba provechoso estar al margen de las «muchas pequeñeces» que enrarecían el ambiente limeño y definían su carácter maledicente⁵⁵. Este es uno de los motivos que lo llevaron a permanecer fuera del país, y se resume en otro mucho más importante: la defensa de su libertad como intelectual.

García Calderón, analista de la política internacional

En París, el intelectual desarraigado adquirió definitivamente aires de cosmopolitismo. «Quizá fue el que poseía la mirada más universal de todos sus compañeros generacionales», se ha dicho recientemente⁵⁶. La capital francesa se constituiría en su mirador para analizar, a través de interminables lecturas, los problemas de América y del mundo.

Lo que siguió a la primera Guerra Mundial fueron años difíciles para Francisco García Calderón, tanto en lo personal como en el terreno ideológico. Se opuso, como la mayoría de los aristócratas peruanos de la generación novecentista, al régimen autoritario de Augusto B. Leguía —con su propuesta de imponer la modernización y las reformas sociales «desde arriba»— y quedó apartado del servicio diplomático desde 1921. En Europa, como sabemos, esos mismos años fueron de hundimiento y caída de las instituciones y de los valores del modelo liberal. Atrás había quedado el respeto al sistema constitucional (Estado de Derecho) con gobiernos y parlamentos libremente elegidos y un conjunto de derechos y franquicias ciudadanas, como la libertad de expresión, de opinión y de reunión. Tal sistema era recusado por el movimiento comunista, que había obtenido un alentador triunfo en Rusia, por el movimiento socialista obrero de los países occidentales y por ciertos grupos de ultraderecha, en particular los fascistas de Italia y los nazis de Alemania, que recogían un sedimento belicista en amplios sectores de la población⁵⁷.

⁵⁵ Véase, por ejemplo, la carta fechada en París, 19 de noviembre de 1907; publicada en RIVA AGÜERO, *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, [16], pp. 634-636.

⁵⁶ GONZALES ALVARADO, «Francisco García Calderón (1883-1953)», [7], p. 29.

⁵⁷ BASADRE, «Realce e infortunio de Francisco García Calderón», [19], p. XXV-XXX, y RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», [39], MS.

En la década de 1920, mientras otros intelectuales predicaban la insuficiencia de la razón y la superioridad del instinto y de la voluntad, García Calderón analiza inteligentemente todos esos fenómenos y percibe atisbos de lo que va a ocurrir después. Por ello, al tratar el caso inglés, se manifiesta a favor del socialismo liberal de James Ramsay Macdonald (primer ministro elegido en 1924 y 1929): «Mr. Ramsay tiene fe en la democracia. Saludemos el radiante porvenir, sin destruir las formas esenciales de la vida presente. El socialismo de inspiración sajona completará las reformas de la edad democrática»⁵⁸. Cuando un grupo de intelectuales italianos pretende enrumbar la solución de la crisis de Occidente hacia el fascismo, García Calderón escribe un artículo en el que expresa su sólida postura liberal. Dice al respecto:

No podemos simplificar el curso de los sucesos históricos, olvidar que sin el individualismo, sin la duda metódica, sin la libre discusión, sin la aventura humana, no habría progreso material, intelectual o moral; gobernaría a los hombres una autoridad segura de sí hasta el vértigo, y el despotismo se opondría a toda reforma y una beata e injusta satisfacción enervaría a las sociedades... Nos inquieta el fascismo porque olvida o desdeña un aspecto esencial en el desarrollo de las sociedades y considera que todo anhelo de libertad manifiesta desunión y anarquía»⁵⁹.

Es evidente que García Calderón, sin dejar su imagen de arielista y vindicador de la herencia latinoamericana, se movía ya por entonces dentro de un marco conceptual más amplio. Y es que al diplomático y pensador peruano le tocó vivir en el mero centro del gran drama mundial que Eric Hobsbawm ha llamado «la era de las catástrofes», una época que se cierra en 1945, con la derrota militar de los fascismos⁶⁰. A esta época convulsa pertenecen sus libros *El dilema de la Gran Guerra* (1919), *Europa inquieta* (1926), *El espíritu de la nueva Alemania* (1928) y *La herencia de Lenin y otros artículos* (1929), además de interesantes opúsculos sobre el wilsonismo, la Sociedad de las Naciones y otros temas, que reflejan una toma de posición frente a los más impactantes sucesos del momento.

El hecho de vivir en París ejercía una atracción muy fuerte en García Calderón, pues le permitía viajar a diversos países europeos, participar en conferencias y conocer a intelectuales que él admiraba. Morar en la Ciudad Luz significaba estar en el ojo del huracán ideológico de su tiempo; también hay

⁵⁸ GARCÍA CALDERÓN. (1926): *Europa inquieta*. Madrid, Editorial Mundo Latino, pp. 185-186.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 156.

⁶⁰ HOBBSAWM, Eric J. (1995): *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona, Crítica, (Serie Mayor), p. 29 y ss. Trad. de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells.

que considerar, empero, que al estar alejado de la diplomacia debió ganarse la vida como politólogo y activo colaborador de periódicos, tareas en las cuales propugnaba la unidad europea. Según algunos testimonios, incluidos los de su propio hermano Ventura (1886-1959), esa colaboración en medios de prensa de uno y otro lado del Atlántico le servía para procurarse ingresos que permitieran mantener a su hogar. Esto desecha cierta falsa imagen de unos hermanos García Calderón viviendo en la opulencia, como plutócratas que se dedicaban a las tareas del pensamiento sólo como *bobby*⁶¹.

Por otro lado, es posible que Francisco y Ventura evaluaran que en la Ciudad Luz era más fácil cimentar su prestigio intelectual que desde una Lima provinciana y envenenada por los chismes y las envidias. Ya se habían insertado ambos en la sociedad parisiense y adoptado el francés como su segunda lengua: siguiendo la concepción autobiográfica de Tzvetan Todorov, dejaron de ser extranjeros para convertirse en *insiders*⁶². Pero no sucedió, como algunos críticos han sostenido, que nuestro personaje se «afrancesó», indicando con ello que olvidó o recusó su origen «indiano». Más allá de su prolongada estancia en Europa, mantuvo un contacto sistemático con la intelectualidad peruana, con sus contemporáneos de diferentes tendencias políticas.

Puede decirse más bien que vivió íntimamente lo que atraviesan muchos emigrados o desplazados, que es experimentar la doble pertenencia. Y por ello se hace claro que, entrado en la madurez, Francisco García Calderón volcara sus reflexiones hacia la realidad europea y la política internacional de primer orden. Luego de estar tantos años fuera del entorno limeño de su infancia se produciría un distanciamiento espiritual y mental; en consecuencia, dirige sus esfuerzos a analizar y entender lo que tiene más cerca y conoce mejor⁶³. Después de todo, no se puede soslayar que la mayor parte de su vida García Calderón la pasó en Europa.

Hemos de considerar que a partir de 1930, después de la caída de Leguía, volvió a asumir funciones oficiales en las legaciones diplomáticas de París, Ginebra y Lisboa⁶⁴. Y volviendo finalmente al terreno peruano, un punto digno de tomar en cuenta es la

⁶¹ GONZÁLES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [11], p. 31.

⁶² TODOROV, Tzvetan. (1998): *El hombre desplazado*. Madrid, Taurus, (Col. Pensamiento), pte. II. Trad. de Juana Salabert.

⁶³ GONZÁLES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [11], Op. Cit., p. 32.

⁶⁴ Puedo remitir aquí a un breve ensayo, basado en documentación original del Archivo de la Liga de las Naciones, de Ginebra, donde he tratado sobre la participación del Perú en este organismo internacional: HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro.(1998): «El Perú en la Liga de las Naciones (1919-1946)», en *Umbral; revista del conocimiento y la ignorancia* N° 10. Lima, pp. 115-119.

forma de escritura que adoptó García Calderón: el ensayismo, tan típicamente francés, con frases breves, ideas e intuiciones ofrecidas con claridad y sencillez. De alguna manera, este modelo sería luego retomado por José Carlos Mariátegui, algunos años menor que nuestro personaje, en su paradigmática obra *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). En ambos pensadores se respira, como lo señalara con acierto Basadre, una visión totalizadora del Perú y un aporte de intenso compromiso social⁶⁵.

CONCLUSIÓN

En la segunda mitad del siglo XIX, Sarmiento, Lastarria y Alberdi coincidían en ver a la América anglosajona como un modelo del éxito, que deseaban imitar a toda costa. Con la iniciación del novecientos, el pensamiento hispanoamericano pasaba de una etapa de imitación a un período de búsqueda de la propia identidad y desarrollo creador. *Ariel*, el encendido manifiesto de Rodó (1900), ofrecía una eventual alternativa a la pauta de progreso material del mundo anglosajón, destacando el papel de las ideas y las posibilidades de la raza hispánica en la perspectiva de un engrandecimiento continental. El opúsculo del gran escritor uruguayo enseñaba, en palabras de García Calderón, «a una juventud atormentada, atenta a las sollicitaciones de la política, a la anarquía, a la violencia, al culto de la vida interior, la fe en la multitud, en la democracia, en la función de la élite futura que surgirá libremente en las democracias»⁶⁶.

Pero el arielismo, como conjunto espiritual de amplias dimensiones, existía también al margen de lo que literalmente había dicho aquel fogoso manifiesto. En las propuestas de muchos intelectuales, más allá de la dirección final que tomaran, la idea de la élite pensante en el sentido «rodoniano» estaba presente. Era un sentimiento compartido por Rubén Darío (nicaragüense), José Vasconcelos (mexicano), Pedro Manuel Arcaya (venezolano), Carlos Arturo Torres y Guillermo Valencia (colombianos) y otros más que ya hemos mencionado; cultores de la hermandad continental, la mayoría de ellos reconocían el liderazgo intelectual de José Enrique Rodó. Muerto este último, Francisco García Calderón pasó a ser el indiscutido «capitán general» de los pensadores del Nuevo Mundo hispánico, según lo afirma Luis Alberto Sánchez⁶⁷.

⁶⁵ GONZÁLES ALVARADO, «Francisco García Calderón (1883-1953)», [7], Op. Cit., p. 35. Se sabe, por cierto, que tanto él como su hermano Ventura García Calderón mantuvieron correspondencia con el Amauta Mariátegui (véase MARIÁTEGUI, José Carlos. (1984): *Correspondencia, 1915-1930*. Introducción, compilación y notas de Antonio Melis. Lima, Empresa Editora Amauta, p. 167.

⁶⁶ GARCÍA CALDERÓN, *La creación de un continente*, [5], Op. Cit., p. 113.

⁶⁷ SÁNCHEZ, Luis Alberto. «Prólogo» a *El Perú contemporáneo*, [2], Op. Cit., p. XVIII.

Sin embargo, el desarrollo de la primera Guerra Mundial originó un cambio en la posición de nuestro autor frente a los Estados Unidos, al aceptar las virtualidades de una «civilización atlántica», tal como se hace patente en sus ensayos sobre *El panamericanismo*, de 1916, y *El wilsonismo*, de 1920. García Calderón quedó impresionado con la participación activa que tomaron las tropas norteamericanas en aquella gran contienda y con la propagación de los «catorce puntos» del presidente Woodrow Wilson (discurso al Congreso del 8 de enero de 1918), que dieron al traste con las amenazantes pretensiones que habían propugnado Berlín y Tokio. Desde entonces pasaría a ser un fiel defensor de la tendencia panamericanista, en apoyo de la integración global del hemisferio occidental⁶⁸.

El desarrollo de los acontecimientos internacionales durante el período de entreguerra produjo distintos resultados en los grandes pensadores peruanos: en José Carlos Mariátegui dio paso al marxismo; en Víctor Raúl Haya de la Torre, al socialismo democrático; en Víctor Andrés Belaúnde, al social-cristianismo; en José de la Riva Agüero, la adhesión espiritual al fascismo. En el caso de Francisco García Calderón, se dio el afianzamiento de su convicción liberal. Todavía en los años postreros de su vida hablaba —como en su discurso de 1947 en homenaje a Riva Agüero— de la redención del indio, del robustecimiento de la pequeña propiedad y de la independencia económica del país⁶⁹. Esto es bueno subrayarlo, pues se ha pretendido que nuestro autor abandonó en la madurez sus motivaciones juveniles para convertirse en un custodio del pasado.

Hoy, más que nunca, ha dicho enfáticamente Osmar Gonzales, leer aquellos clásicos arielistas «puede ayudar a encontrar la inspiración y el motivo para recuperar la vocación por las investigaciones de fondo, y por participar en el debate contemporáneo desde nuestra específica ubicación nacional y con un utillaje conceptual actualizado y críticamente adaptado»⁷⁰. En este sentido, la obra de García Calderón, su lectura y su apropiación crítica serán, con toda seguridad, unos de los baluartes para reencontrar el camino extraviado de nuestra

⁶⁸ BASADRE, «Realce e infortunio de Francisco García Calderón», [19], p. XXI-XXII, y SÁNCHEZ, «Prólogo» a *El Perú contemporáneo*, [2], p. XIX.

⁶⁹ GARCÍA CALDERÓN, «José de la Riva Agüero: recuerdos», discurso pronunciado el 22 de diciembre de 1947; reprod. en *Las democracias latinas de América*, [25], pp. 499-518. Al insistir en el papel decisivo de las élites, decía nuestro autor: «Nuestras clases dirigentes tienen deberes precisos: la redención del indio, la protección a la clase media, el robustecimiento de la pequeña propiedad, la industrialización, que es basamento de independencia económica...» (p. 511). Véase también LOSA, «Francisco García Calderón», [4], pp. 63-66 y 95-96.

⁷⁰ GONZÁLES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [11], p. 23.

intelligentsia. Al realizar este ejercicio deberemos tener en cuenta las peculiares circunstancias históricas en que se originaron el discurso y las propuestas de «mediación dinámica» que contienen *Le Pérou contemporain* y las demás piezas que hemos, al menos someramente, examinado. La desazón producida por una grave derrota militar, las lecciones de Renán y la confianza en las virtudes del quehacer académico empujaron a Francisco García Calderón a soñar con unas élites que tuvieran óptima preparación y que fueran capaces de dirigir responsablemente una democracia representativa, liberal: todavía está vigente este sueño en muchos países de América Latina, a pesar del largo tiempo transcurrido.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, José Luis. (1991): *José Enrique Rodó*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina, vol. 14.
- ALEGRÍA VARONA, Ciro. (1998): «Los estudios clásicos y las necesidades culturales en Latinoamérica», en *Boletín de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos* N° 4. Lima.
- ANDÚJAR, Jorge. (1994): «Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero», en *Boletín del Instituto Riva-Agüero* Vol. 21. Lima.
- ARDAO, Arturo. (1980): *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- BASADRE, Jorge. (1954): «Realce e infortunio de Francisco García Calderón», en *Ensayo preliminar a Francisco García Calderón, en torno al Perú y América*. Lima, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva.
- BASADRE, Jorge. (1983): *Historia de la República del Perú, 1822-1933*. 7a. ed. Lima, Editorial Universitaria.
- BURGA, Manuel, y Alberto Flores Galindo. (1981): *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, 2da. ed. Lima, Rikchay Perú.
- CLÉMENT, Jean-Pierre. (1987): «L'apparition de la presse périodique en Amérique espagnole: les cas du *Mercurio Peruano*», en *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières: tradition, innovation, représentations*.

- FUMAGALLIBEONIO-BROCCHIERI, María Teresa. (1995): «El intelectual», en *El hombre medieval*. LE GOFF, Jacques. Madrid, Alianza Editorial.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (1904): *De litteris (crítica)*. Lima, Librería e Imprenta Gil.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (1919): *El dilema de la Gran Guerra*. París, Ediciones Literarias.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (1926): *Europa inquieta*. Madrid, Editorial Mundo Latino.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (1947): «José de la Riva Agüero: recuerdos». Discurso pronunciado en el Instituto Riva-Agüero, Lima, el 22 de diciembre de 1947; en *Las democracias latinas de América*, 2001.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (1981): El Perú contemporáneo, en *Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez*. Lima, Banco Internacional del Perú.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (2001): *Obras escogidas*, vol. II. *La creación de un continente*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco. (2001): *Obras escogidas*, vol. III. *Las democracias latinas de América*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- GARCÍA GODOY, Federico. (1917): *Americanismo literario*. Madrid, Editorial América.
- GONZÁLES ALVARADO, Osmar. (2008): «Francisco García Calderón (1883-1953)», en *Veinte peruanos del siglo XX*. CATERIANO BELLIDO, Pedro. Lima, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.
- GONZÁLES, Osmar. (1996): *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima, Ediciones PREAL.
- GONZÁLES, Osmar. (2001-2002): «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», en *Acta Herediana* N° 30/31. Lima.
- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro. (1994): «El renacentismo del Inca Garcilaso revisitado: los clásicos greco-latinos en su biblioteca y en su obra», en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, Vol. 56. Genève.

HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro. (1998): «El Perú en la Liga de las Naciones (1919-1946)», en *Umbral revista del conocimiento y la ignorancia* N° 10. Lima.

HOBBSAWM, Eric J. (1995): *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona, Crítica.

LAVALLÉ, Bernard, dir. (1987): *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières: tradition, innovation, représentations*. Paris, Centre National de la Recherche Scientifique.

LLOSA, Jorge Guillermo. (1966): «Francisco García Calderón», en *Biblioteca Hombres del Perú Vol. XXXVIII*. Lima, editorial Universitaria.

LOAYZA, Luis. (1989). «Una amistad difícil: Alfonso Reyes y Francisco García Calderón. París, 1913/1914», en *Saludo del Perú para Alfonso Reyes*. Lima, Embajada de México en el Perú.

LÓPEZ-OCÓN CABRERA, Leoncio. (1986): «La idea de la nacionalidad continental en el pensamiento político del peruano Francisco García Calderón», en *Revista de Indias Vol. XLVI, N° 178*, Madrid.

MARIÁTEGUI, José Carlos, (1984): *Correspondencia, 1915-1930. Introducción, compilación y notas de Antonio Melis*. Lima, empresa Editora Amauta.

MARTÍNEZ, José Luis. (1986): *Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*. México. Fondo de Cultura Económica.

MELGAR BAO, Ricardo. (1991): «Francisco Bilbao y la rebelión de los igualitarios en Chile», en *Cuadernos Americanos* N° 27. México.

MISTRAL, Gabriela. (1929): *Prólogo a Benjamín Carrión, Los creadores de la Nueva América*. Madrid, Sociedad General Española de Librería.

PAILLER, Claire y Jean-Marie. (1992): «Une Amérique vraiment latine: pour une lecture 'dumézilienne' de l'Inca Garcilaso de la Vega», en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations, Vol. 47, N° 1*. París.

PARÍS, Gonzalo. (1919) : *Estudio preliminar a Francisco García Calderón, Ideas e impresiones*. Madrid, Editorial América.

PÉREZ, Joseph. (1987) : «Tradition et innovation dans l'Amérique des Bourbons», en *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières: tradition, innovation, représentations*.

- PLANAS, Pedro. (1994): *El 1900: balance y recuperación*. Lima, Centro de Investigación y Tecnología para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.
- RÁVAGO BUSTAMANTE, Enrique de. (1999): *El gran mariscal Riva Agüero, primer presidente y prócer de la peruanidad*. Lima, Industrial Gráfica.
- RECLUS, Elisée. (1893): *Nouvelle géographie universelle: la terre et les hommes Vol. XVIII*. Paris, Librairie Hachette.
- RIVA AGÜERO, José de la. (1999) : *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, en sus *Obras completas*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero.
- RODÓ, José Enrique. (1957): *Obras completas*. Introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal. Madrid, Aguilar.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. (1953): «Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón», en *Número Montevideo*. N° 23/24.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. (1985): «América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó», en *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 417. Madrid.
- ROJAS MIX, Miguel. (1991): *Los cien nombres de América; eso que descubrió Colón*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- RUIZ ZEVALLOS, Augusto. (2007): «El Perú contemporáneo», en *El Dominical; suplemento de «El Comercio»*, Lima.
- SANDERS, Karen. (1997): *Nación y tradición: cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930)*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú & Fondo de Cultura Económica.
- SCHLEIFER, James T. (1984): *Cómo nació «La democracia en América» de Tocqueville*. Trad. de Rodrigo Ruza. México. Fondo de Cultura Económica.
- SILVA SANTISTEBAN, Fernando. (1998): *Antropología: conceptos y nociones generales*. Lima, Universidad de Lima & Fondo de Cultura Económica.
- TOCQUEVILLE, Alexis de. (1990): *La democracia en América*. Edición crítica preparada y traducida por Eduardo Nolla. Madrid, Aguilar.

TODOROV, Tzvetan. (1998): *El hombre desplazado*. Trad. de Juana Salabert. Madrid, Taurus.

VARGAS LLOSA, Mario. (1956): «Francisco García Calderón: teoría de los dos Perúes», en *Cultura Peruana*. Lima.

VARONA, Alberto J. (1973): *Francisco Bilbao, revolucionario de América: vida y pensamiento*. Panamá, Editorial Excelsior.

ZALDUMBIDE, Gonzalo. (1920): «Francisco García Calderón: semblanza», en *El wilsonismo*, de Francisco García Calderón. París, Agencia General de Librería.